

CAPITULO II.

CASTILLOS EN EL AIRE

Lo que vamos á referir pasaba en la calle de Santa Clara, en la sala de una de las casas que tienen pretensiones aristocráticas. Formaban su ajuar sofás, sillones y sillas forradas de un flamante brocatel azul y oro, un hermoso piano vertical, una mesa redonda, dos consolas primorosamente talladas, de madera de rosa, grandes espe-

jos con lunas de Venecia, descansaban sobre las consolas. Las paredes, cubiertas de papel color de rosa con flores de oro y formando juego con un cielo raso del mismo gusto, estaban adornadas en la cabecera de la sala con un inmenso espejo de la misma calidad que los otros, engastado en un cuadro dorado en que el fabricante habia lucido su habilidad, y en los costados por cuadros que encerraban unos magníficos grabados grandes jarrones de alabastro se veian colocados en los rincones sobre unas columnas de estuco; grandes cortinas blancas se cruzaban en las puertas y balcones.

En un sillón se hallaba muellemente recostada y con el pelo suelto una jóven como de 19 años; su extremada palidez resaltaba mas sobre el color de su bata de gasa negra, ceñida suavemente por unas cintas de seda, su pelo negro era sedoso y fino, sus ojos oscuros se hallaban entrecerrados, una nariz algo prolongada le daba un aire romano, su boca estaba entreabierta, y al verla con la cabeza caída sobre la toalla que servia de forro al respaldo del sillón se hubiera creído que estaba á punto de desmayarse. Parecia una azucena cuyo tallo estaba

á medio tronzar. ¿Padecía en efecto?... Ya lo veremos. Diremos por ahora que desde la edad en que habia comenzada á discernir, su natural palidez, encomiada imprudentemente por la turba de domésticos aduladores que cercan á los hijos de los ricos, habia dado á su carácter un tinte de tristeza que la costumbre habia hecho casi natural. Tal era Rosa, la infiel amada de David. En el momento en que entramos á su casa no estaba sola, se hallaba en compañía de su padre.

Era este un hombre que, teniendo 60 años próximamente, apenas representaba 50. Toda su figura tenia las apariencias del tipo asiático. Un rostro ancho por la parte superior y angosto por la inferior era lo único que podria hacer dudar del origen de su raza. Color opilado, cabello escaso y erizado, cejas formando un ángulo obtuso al caer sobre una nariz aplastada colocada entre dos ojillos negros y opacos, una boca grande que prolongaban mas aun dos bigotes que nacian casi de la extremidad de los labios, y un mechón de pelo lacio y cerdoso en el extremo de la barba... Esta cabeza estaba colocada sobre un cuello enjuto descansando en una espalda extremadamente an-

gosta que correspondia al resto de su *corpomomia*.

Don Antonio (que así se llamaba) estaba sentado en una silla pequeñísima, lo cual hacia que sus rodillas, que abrazaba con sus manos enclavijadas, casi tocasen á su chata nariz, mientras sus piernas estaban enredadas una con otra como dos serpientes.

Como era de noche, la luz de una lámpara de bronce, colocada en la mesa redonda, cuyos rayos interceptaba una bomba de cristal apagado, haciendo el perfil de Rosa y D. Antonio, aumentaba la palidez fantasmagórica de ambos.

— Rosa, decia D. Antonio á su hija, tu apasionado el poeta no ha venido todavía. Él tan exacto, tan entusiasta por la música.... El dia menos pensado lo mandas á San Hipólito con tu melodioso acento.

— Es probable, contestó Rosa como saliendo de un letargo, que no vuelva en mucho tiempo. Anoche estaba yo de mal humor y casi no le hablé una palabra, y como es tan susceptible...

— Pero Rosa, dijo D. Antonio, has hecho mal, es un muchacho que tiene algun ingenio literario

y no comprendo cómo tú, tan apasionada á la poesía, has cambiado tan súbitamente. Yo me alegro, porque al fin no dejaba de temer que tú le tomases algun afecto... Por fortuna no ha sido así. ¡Ah! Estaba dispuesto á despedirlo de mi casa si se atrevia á pretenderte, porque á la verdad no me agrada tener un yerno pobre que, como dicen, no tiene en que caerse muerto. Sin embargo sentiria que no volviese, porque en tal caso ya se acabó tu Petrarca.

Rosa no contestó. Su pensamiento vagaba por las regiones ideales sin hacer caso de lo que su padre le decia. Este, acostumbrado á esas desatenciones, no se fijó en ella y siguió la conversacion consigo mismo, pero de modo que no podia entenderse.

En este momento se oyó el ruido de un coche que se detenia á la puerta. Rosa levantó la cabeza como movida por un resorte, pasó su mano por su frente componiendo su cabello, del que dejó caer una parte sobre su pecho, echó una ojeada sobre sus piés para ver si el vestido caia con elegancia, y en seguida volvió á colocar su cabeza sobre el sillón con la misma languidez.

En este instante un criado anunció desde la puerta : « El señor general Hernandez. »

D. Antonio se apresuró á decir : « Que pase ; » y levantándose de su diminuto asiento, salió á encontrar al general.

Este entró á la sala con un ademan marcial y cómico; de estatura elevada y de una robustez distribuida con toda perfeccion, daba á su aspecto cierto aire de mando que cuadraba muy bien con su profesion. Su cabeza peinada con esmero estaba adornada con un cabello húmedo y brillante, por la accion del aceite que acababan de echarle en la peluquería de Alejandro. Su cara larga tenia el color de la raza árabe; su negra ceja, unida encima de la nariz abultada que tenia por base unos bigotes espesos y atuzados, le daba un aire de matasiete, sobre todo cuando montaba en uno de sus enormes caballos, pues siempre los tenia proporcionados á su talla. Una casaca azul con boton de águila, un chaleco blanco que ocultaba á medias su banda bordada, y un pantalon azul con franja de oro, cayendo sobre una bota de charol, formaban su traje habitual.

Al llegar al medio de la sala donde estaba

D. Antonio, extendió su largo brazo para darle la mano, que este tomó con llaneza llevando al general hasta donde estaba Rosa.

La jóven entreabrió los ojos; levantó pesadamente su cabeza y presentó su mano transparente al general, que la estrechó con la suya lleno de ardor diciendo :

— ¡Rosita! ¿Cómo está Vd? — Rosa contestó con voz balbuciente :

— Me ha sorprendido Vd. sin peinar.

— ¿Y qué importa? de todos modos está Vd. bien, se apresuró á decir el general tomando asiento en el sillón inmediato al en que se hallaba Rosa.

— La pobre Rosa, dijo D. Antonio, está tan triste siempre que ni se ocupa de adornarse como otras jóvenes. Yo la dejo hacer su voluntad, porque al fin no hay quien la mande.

Nada era mas cierto. El mal entendido cariño de su padre no estaba equilibrado mas que por el de sus especulaciones usurarias. Con todo, veces habia en que el interés se doblegaba á la pasion de D. Antonio por su hija. Acostumbrada esta á que sus caprichos fuesen órdenes, habia cambiado

esas *criadas de honor* que podremos llamar *ayas*, hasta que encontró con una anciana de carácter de cera que se dejaba dominar absolutamente por ella. Esa independencia hubiera sido peligrosa para una jóven que no estuviera tan llena de ese amor de sí misma que habia sido hasta entonces su salvaguardia contra las impresiones del corazón. Volvamos á la conversacion.

— ¡Oh! dijo Rosa. Papá sabe bien que soy incapaz de abusar de su afecto y que le doy cuenta de todas mis acciones.

Rosa mentía, D. Antonio no tuvo conocimiento de sus relaciones con David ni de su cambio en favor del general; sin embargo, en un raptó de gratitud por las palabras de su hija se levantó, y dándole un beso en la frente y con los ojos próximos á llenarse de lágrimas, dijo:

— Es cierto, general, por eso no la oprimo con mi autoridad.... Pero.... esta noche no te has sentado al piano. Desearia que tocases algo.

— ¡Sí, Rosita! dijo el general, ya sabe Vd. que yo me encanto con la música.

El general á su vez mentía por halagar á D. Antonio y Rosa, sabiendo que esta se pagaba de que

la oyesen, encomiando en seguida su habilidad, y que D. Antonio estaba orgulloso de la maestría de su hija. Y decimos que mentía, porque su oído, poco acostumbrado á las bellezas musicales, sentía tedio al escuchar las composiciones de los grandes maestros. Cuando mas, le agradaban las *polkas* y *varsovianas* mas comunes.

Rosa salió al fin de su apatía, y exhalando un suspiro se encaminó con lentitud al piano, en que estaban dos velas de esperma que el general se apresuró á encender.

— ¡Gracias! murmuró Rosa comenzando á hojear un enorme libro de música.

— D. Antonio dijo: — ¡Rosita! quisiera que tocases las variaciones de Prudent. ¿Ha oído Vd. esa composicion? interpeló al general.

— ¡Oh! sí, exclamó este, me gustan de un modo extraordinario.

No sabia de qué se trataba.

Rosa comenzó por deslizar sus dedos sobre el teclado con una maestría y dulzura sorprendentes, y despues de haber terminado una de las mas difíciles escalas cromáticas comenzó la introduccion.

El general no sabia qué decir mientras duró

esta; pero al entrar al hermoso tema en que Beethoven dejó caer una gota de su alma, D. Antonio vino en su auxilio diciéndole:

— Esas armonías arrancan lágrimas del corazón menos sensible.

— Cierto, dijo el general, conteniendo un solemne bostezo, ¡esto es magnífico! magnífico!

Rosa era ciertamente una notabilidad en el arte, así es que mientras ejecutaba con la más escrupulosa exactitud las difícilísimas inspiraciones de Prudent, sostenía con toda precisión el tema de Beethoven conservando toda su ternura original. Era fiel intérprete de los sentimientos que debieron animar al autor cuando escribió su tema sublime.

D. Antonio callaba para no perder una nota, y solo de vez en cuando en sus raptos de entusiasmo, acercando la mano y señalando con el dedo índice su oreja al general para llamarle la atención, hacía un movimiento oscilatorio de cabeza mordiendo al mismo tiempo su labio inferior en señal de entusiasta aprobación, volviendo luego á la más completa inmovilidad.

El general estaba hecho un autómatas, sin saber qué hacer. Por último concluyó su tormento;

pero, por desgracia suya, queriendo decir algo para no pasar por la plaza de profano, exclamó:

¡Magnífica es esa galopa!!!

Rosa hizo un movimiento de desagrado, y D. Antonio no pudo menos de decir:

— Son unas variaciones, señor general.

El general tartamudeó: Eso, eso, quise decir.

— Pues ahora verá Vd., dijo D. Antonio; Rosa, cántale al general la *Petite cabane*.

Rosa, que no deseaba más que dominar á su pretendiente con su romanticismo, volvió á ejecutar un hermoso preludio, y en seguida cantó una hermosa canción francesa que hubiera conmovido á cualquiera persona de mediano gusto.

La letra era la despedida de una madre al ver partir á sus dos hijos á la campaña. Pero el general, si no entendía la música, menos entendía el francés. Diremos dos palabras sobre sus antecedentes para que no se extrañe su supina ignorancia.

Hijo de un zapatero infeliz, su educación estaba reducida al estudio de las primeras letras en la escuela gratuita de Coyoacan. Su padre hubiera deseado que aprendiese su oficio; pero él, que

amaba sobre todo la ociosidad, prefería vagar por los alrededores de su pueblo, ocupado en hurtarse las peras y manzanas de las huertas de las cercanías. Su destreza y atrevimiento eran proverbiales entre todos los vagamundos que le acompañaban. Su carácter dominante por naturaleza, unido á esas cualidades que hemos mencionado, le habian hecho tomar un ascendiente tan absoluto sobre sus compañeros, que no habia partida que se promoviese sin su anuencia. Él era el jefe en las frecuentes guerras que tenian lugar en los rios, en las que servian de proyectiles las guijas y las frutas; diestro para dispararlas, lo era todavía mas para poner en planta algun asalto.

Un dia en que una de estas funcionees bélicas habia hecho una ancha abertura en la cabeza de uno de sus antagonistas, temeroso de la cuenta que le tomara su padre, se escapó y fué á sentar plaza de soldado en uno de los regimientos de línea. Ya se sabe que cuando suele encontrarse en alguna compañía un soldado que sabe escribir, el sarjento primero lo hace su secretario, y en las primeras revistas asciende á cabo y aun á sarjento segundo. Esto sucedió con Hernandez. Al poco

tiempo supo ganar con astucia las divisas de sarjento primero. En la campaña con los Norte-Americanos debió á su arrojo el grado de capitán: á la salida del general Arista, á que contribuyó con una defeccion, llegó á comandante de batallon; pocos meses antes de la caida del general Santa-Ana, tomó de autoridad propia el título de general, que procuró afirmar poniéndose á la cabeza de una considerable guerrilla que, merodeando y huyendo continuamente, molestó sin embargo á las fuerzas del *Alteza*, comprometiendo de este modo al gobierno de Ayutla á reconocerlo con ese carácter. Ahora podrá el lector comprender la rudeza de Hernandez.

La cancion de Rosa fué, por consiguiente, para él una nueva dosis narcótica. Sin embargo aplaudió con furor al levantarse Rosa del piano.

Habia dominado su impaciencia mientras tuvo esperanza de que una retirada de D. Antonio le permitiera una conversacion confidencial con Rosa; pero viendo que este permanecia firme y temiendo ser víctima (así lo pensaba él) de una nueva carga musical, queriendo por otra parte hacer interesantes sus visitas y no pudiendo enta-

blar una conversacion con D. Antonio y Rosa, cuya erudicion era notable, así como su afecto á las costumbres europeas, tomó el partido de retirarse, decidido á emplear el resto de la noche en disponer un plan conveniente para terminar su lance con David. Por consiguiente, sin dar tiempo á que D. Antonio tuviese ocasion de procurarle otra hora de delicias musicales, se apresuró á despedirse diciendo :

— El presidente me ha citado esta noche para consultarme un plan sobre arreglo del ejército; la cita es á las ocho y media y no me quedan mas que diez minutos, — dijo mirando ostentosamente su reloj; — pero haré que Juan dé prisa á mis tordillos, para eso los he pagado bastante caros.

Tendiendo en seguida su rústica mano á Rosa y D. Antonio, se despidió con la cómica fatuidad con que saludó á su entrada.

D. Antonio, que se habia levantado á la salida de Hernandez, volvió á su silla, sentándose esta vez en el talon de su pierna derecha y arrojando, por decirlo así, hácia ese mismo lado su pié izquierdo que fué á tocar uno de los piés traseros de la silla, exclamando al mismo tiempo : — Vaya con la ga-

lopa!... Tenia mejor opinion de este hombre; pero cá... si no conoce la música, y segun creo, ni el francés; si se dormia cuando tú cantabas la *Petite cabane. C'est épouvantable, n'est-ce pas, ma Rose?*

— *Oui, papa*, contestó Rosa.

— Vamos, dijo D. Antonio, á la casa de tu tio un rato.

— ¡Ay! papá... vaya Vd., yo me quedo á leer algo de Lamartine.

— Pero si ya lo debes saber de memoria.

— Es cierto, lo he leído seis veces; pero es tan hermoso el lenguaje en que está escrito, tiene tanta ternura, que nunca, nunca me fastidiara.

Haz lo que quieras, por mi parte siempre voy. *Adieu, ma fille.* — Y dando un beso en la frente de su hija, salió.

Era esta en verdad apasionada de Lamartine. En sus « Confidencias » habia bebido esa melancolía, esa idealidad con que se habia connaturalizado. Si hubiera estado en Europa no habria abandonado la casita en que pasó la noche Graziella, pero en Méjico no hay islas, ni rocas, ni jóvenes extranjeros que vayan á pescar por satis-

facér su espiritualidad. Cualquier lugar de la República no tendria un nombre extraño, y por tanto careceria para Rosa de este poético atractivo.

En esta ocasion, á pesar de su delirio por Lamartine, no fué esto lo que la ocupó á la salida de D. Antonio, sino que levantándose del sillón, quitando la bomba de cristal apagado para dar mayor claridad á la pieza en que se hallaba, y colocándose enfrente de uno de los espejos que estaban sobre las consolas, comenzó un exámen minucioso sobre sí misma. Llamó en ayuda de la lámpara las velas del piano, y con una de ellas en la mano comenzó á observarse los ojos poniendo el dedo sobre una de sus mejillas, para asegurarse de que sus ojeras estaban hundidas; en seguida contrajo su boca en la actitud de quien procura sonreír, luego puso una silla y se sentó apoyando la sien sobre la punta de los dedos de su mano derecha, arreglando la manga de su vestido de modo que cayendo dejase á medio descubrir su bien torneado y alabastrino brazo.

Entonces no pudiendo contener su exaltacion al contemplarse tan poéticamente hermosa, murmuró: ¡Oh! sí! con mi belleza conquistaré á to-

dos los que se me acerquen! Esta palidez que tan bien me sienta, esta apacibilidad de mi mirada, esta triste sonrisa y esta actitud son mis mejores armas. Ya he experimentado su poder. Vega, Ernesto, Suarez, Chapela, y tantos, tantos á quienes he rendido; ¿y David? ¡qué necio!... creer que yo le habia de amar!... á él, tan pobre!... al fin poeta... Su talento no alcanza á comprender que lo que yo amaba en él eran sus versos, y en verdad solo siento haber quebrado porque pasará algun tiempo sin que mi nombre aparezca en los periódicos; pero en fin, este sacrificio era necesario, yo debo ver mi porvenir, pronto obligaré á Hernandez á efectuar el matrimonio. Es cierto que no le amo, que no me merece, pero su posicion es brillante; él es atrevido, el dia menos pensado una revolucion de las que se verifican tan frecuentemente lo elevará á la presidencia, y entonces recogeré el fruto de mis sacrificios, tendré influencia con los principales personajes, con mi talento é instruccion quién sabe hasta dónde iremos á parar,... mi cabeza se abrasa!... Si hubo una *Alteza*, ¿porqué no ha de haber una *Majestad*? Las anomalías mas extrañas se verifican

en este país. Solo de pensar que acaso llegaré á obtener ese título tan hermoso, siento turbarse mi cerebro. ¡Oh! lo compraría aunque me costase tanto como á la viuda de Felipe el Hermoso. — No comentaremos este monólogo.

Hemos descubierto el resorte principal que ponía en movimiento á Rosa, la causa de su amor para con David y de la decepcion de este.

CAPITULO III.

LA IRA ES MAL CONSEJERO.

Eran las seis de la mañana. Rafael con un sencillo traje, acababa de llegar á la casa de David. Este, envuelto en una larga bata, aunque casi vestido, estaba sentado en el sofá al lado de su amigo, á quien decía: — Estoy para acabar de vestirme y voy á hacerlo para que nos vayamos.